

JOSÉ ANTONIO SANAHUJA

Consenso, disenso, confusión. El “debate Stiglitz” en perspectiva

Uno de los objetivos declarados del libro “El malestar en la globalización”, publicado por Joseph E. Stiglitz a mediados de 2002,¹ es abrir un debate sobre el gobierno de la globalización y sus instituciones y, en particular, sobre el Fondo Monetario Internacional (FMI). El número de ediciones del libro y las reacciones que ha suscitado sugieren que ese objetivo se ha cumplido. La defensa y ataque de los argumentos de Stiglitz se han convertido en un eje de la discusión más amplia sobre la globalización y sus consecuencias.

El malestar de la globalización es importante, en primer lugar, por sus fundamentos teóricos. Se basa en las aportaciones pioneras de Stiglitz sobre las asimetrías de información presentes en los mercados y la crítica a los modelos económicos neoclásicos “simplistas” que presuponen una información y una competencia perfectas.² Esa aportación proporciona sólidas bases teóricas al argumento de las “fallas” de mercado y la necesidad de intervención pública para corregirlas, y por ella se le otorgó el premio Nobel de Economía de 2001, compartido con G. Akerlof y A.M. Spence.

En segundo lugar, *El malestar en la globalización* también es parte del debate sobre las políticas del Consenso de Washington y su aplicación por parte del FMI y el Departamento del Tesoro de EEUU.

¹ Joseph Stiglitz, *Globalization and its discontents*, Nueva York, W.W. Norton, junio de 2002. Edición española: *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002.

² Para profundizar en esta cuestión ver Joseph Stiglitz, “El desarrollo no sólo es crecimiento del PIB”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, primavera 2003, N° 81, pp. 11-26 (N. de la Ed.).

José Antonio Sanahuja es profesor del Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid y autor de *Altruismo, mercado y poder. El Banco Mundial y la lucha contra la pobreza*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2001. sanahuja@cps.ucm.es

El libro de Stiglitz se basa finalmente en la experiencia del autor, relativamente tardía, en cargos públicos como el Consejo de Asesores Económicos del presidente Clinton, del que formó parte entre 1993 y 1997, llegando a ser su presidente, y como vicepresidente *senior* y economista jefe del Banco Mundial desde 1997 y hasta su polémica renuncia en febrero de 2000. Según afirma el autor, la experiencia de la transición del comunismo y la crisis asiática, a las que asistió desde esos cargos, “cambió su visión de la globalización y del desarrollo”.

“Consenso” desgastado, disenso emergente

Tras la crisis mexicana de 1994 y 1995 las políticas del Consenso de Washington empezaron a mostrar signos de desgaste. En muchos casos, después de diez años de políticas de ajuste, no se habían alcanzado los equilibrios macroeconómicos que justificaban su aplicación. El Consenso también ignoró las consecuencias de la globalización financiera. Las quiebras bancarias y las crisis de balanza de pagos que han sacudido un país tras otro en los últimos diez años en América Latina, Asia o Rusia, también mostraron que la mera liberalización, en ausencia de instituciones y marcos reguladores efectivos, no resolvía los problemas estructurales del desarrollo y daba paso a otros nuevos, a menudo tan dañinos como los que se imputaban a anteriores estrategias de desarrollo.

Entre las voces que reclamaron una revisión crítica del Consenso de Washington se encontraba el propio John Williamson, que en 1989 acuñó esa expresión para referirse a las reformas adoptadas en América Latina a través de los programas del FMI y el Banco Mundial. Williamson reconoció las limitaciones de ese Consenso y reclamó nuevas reformas como el incremento del ahorro nacional, la reasignación de gasto a favor de los pobres, la integración económica y el “regionalismo abierto”, la inversión en educación e infraestructura productiva, y la reforma del Estado.

En 1997 el Banco Mundial reiteró la importancia de aplicar reformas en la educación, la administración pública, la justicia y el sector financiero, a través del Informe sobre el Desarrollo Mundial de ese año dedicado al Estado. Al proponer un Estado fuerte y eficaz, el Banco daba un importante viraje político, aunque se pasaba por alto que después de insistir durante casi veinte años en las “fallas del Gobierno” y promover el desmantelamiento del Estado, el Banco Mundial no podía pretender ser ajeno a la debilidad de las instituciones y el “mal gobierno”.

La revisión crítica del Consenso de Washington también respondía al cambio de estrategia promovido por James D. Wolfensohn, presidente del Banco Mundial desde 1995, por el que la institución debía dirigir todos sus esfuerzos a la lucha contra la pobreza. Como economista jefe, Stiglitz debía dar respaldo intelectual a esa estrategia.

Con esa intención, en 1998 Stiglitz propuso una nueva matriz de política económica denominada “post-consenso de Washington”, cuyo contenido es en muchos aspectos el “embrión” de *El malestar en la globalización*. Según Stiglitz, el Consenso de Washington había sido elevado a la categoría de “dogma”, y había olvidado que la privatización y la liberalización son medios y no fines. Resaltando

el papel de las instituciones, Stiglitz criticó la política del FMI en Rusia, que condujo a ese país al caos al destruir las viejas normas sin proporcionar nada a cambio. Frente al Consenso, Stiglitz alabó el “modelo asiático”, destacando el papel jugado por el Estado.

Stiglitz proponía un nuevo paradigma del desarrollo, una “transformación societal” asentada en la democracia, la equidad y la sostenibilidad. En su rehabilitación del Estado, Stiglitz justificó la intervención pública en ámbitos como la creación de infraestructura; el desarrollo tecnológico; la provisión de bienes públicos, marcos reguladores y sistemas de incentivos adecuados; el apoyo al tejido productivo y en especial a las empresas pequeñas y medianas; la regulación del sector financiero; y la reducción de la pobreza y la desigualdad, a través de políticas sociales financiadas con un sistema fiscal eficaz.

La crisis asiática y el “cisma” con el FMI

La reflexión de Stiglitz, como él mismo reconoce, debe mucho a la crisis asiática y a la forma en la que el FMI intentó atajarla, a través de grandes “paquetes de rescate” condicionados a la aplicación de políticas de austeridad que contribuyeron a hacerla aún más grave. Stiglitz y el propio Wolfensohn no ocultaron sus críticas al papel del FMI en esa crisis. En la Junta de Gobernadores del FMI y el Banco Mundial, celebrada en octubre de 1998, Wolfensohn se dirigió al director gerente del FMI, Michel Camdessus, en un tono poco usual: “Sr. presidente (...) cuando corregimos los desequilibrios presupuestarios, hemos de tener en cuenta que pueden desaparecer los programas de atención de salud para los más pobres; que por falta de crédito pueden desaparecer pequeñas y medianas empresas (...). Sr. presidente, no podemos engañarnos y asumir que todo marcha bien. No podemos desconocer que la crisis ha revelado deficiencias que tenemos que resolver (...). No podemos esbozar una arquitectura en dos días. Pero tampoco podemos permitirnos perder un decenio entero, como ocurrió en América Latina tras su crisis de principios de los ochenta. Es mucho lo que está en juego, demasiadas vidas humanas...”. Wolfensohn también cuestionó el papel de “bombero de la globalización” asignado al Banco en estas crisis: prestar apoyo financiero a los “paquetes de rescate” en desmedro de las inversiones a largo plazo orientadas a la lucha contra la pobreza.

Marcando distancia respecto del modelo de ajuste del FMI, Wolfensohn propuso en enero de 1999 un nuevo Marco Integral de Desarrollo (MID) guiado por un enfoque global y de largo plazo y, frente a la condicionalidad, una mayor dirección del proceso por parte del país receptor (*country ownership*).

En noviembre de 1999 Michel Camdessus presentó su dimisión como director gerente del FMI. Aunque su retirada respondía a razones personales, Camdessus no había logrado atajar las críticas de economistas como Paul Krugman, Jeffrey Sachs, Martín Feldstein o el propio Stiglitz; de las ONG más influyentes, y de la derecha neoliberal estadounidense, contraria a la actuación del FMI y a los “salvamentos” de la era Clinton —para el senador republicano Jesse Helms, Camdessus era “ese socialista francés”—, pues promovían el “riesgo moral”.

*Stiglitz proponía
un nuevo
paradigma del
desarrollo, una
“transformación
societal”
asentada en la
democracia, la
equidad y la
sostenibilidad*

Esa dimisión, sin embargo, no fue la última. El Departamento del Tesoro y la cúpula del FMI, resentida por las críticas de Stiglitz a su papel en la crisis asiática, forzaron su renuncia en febrero de 2000. La salida de Stiglitz fue una exigencia de Stanley Fischer, “número dos” del FMI y el “hombre de Washington” en ese organismo, y una imposición del secretario del Tesoro, Larry Summers, a cambio de apoyar el segundo mandato de Wolfensohn como presidente del Banco. El propio Summers había sido economista jefe de esta institución entre 1991 y 1992, y como subsecretario del Tesoro participó en la organización de los rescates financieros de México, Asia, Brasil y Rusia, y no podía permanecer impasible a las críticas de Stiglitz.

En junio de ese mismo año, el Tesoro y los sectores neoliberales del propio Banco también lograron forzar la renuncia de Ravi Kanbur, al que Stiglitz encargó la elaboración del Informe sobre el Desarrollo Mundial. Kanbur había propuesto una estrategia de reducción de la pobreza basada en la ampliación de oportunidades políticas, económicas y sociales de los pobres, dejando atrás visiones reduccionistas que se limitaban a insistir en el crecimiento económico.

Estos hechos indican la falta de acuerdo —“Disenso de Washington” lo llamó *The Economist*— entre el FMI y el Banco, el desgaste del Consenso, y la confusión sobre las políticas que requiere el nuevo escenario de la globalización. Este “disenso” también revela que los sectores ortodoxos, afincados en el Departamento del Tesoro, pueden impedir cualquier intento, por moderado que este sea, de reformar o debatir estas políticas. Aunque puedan proporcionar argumentos a los “antiglobalización”, Stiglitz y Kanbur no son radicales; no han rechazado los supuestos básicos sobre el mercado y el crecimiento en los que se basa el Consenso de Washington, y no hicieron otra cosa que dar coherencia intelectual a los planteamientos de Wolfensohn. Tras dimitir, Kanbur afirmó que el diálogo era difícil por el enquistamiento de posiciones, la arrogancia y el dogmatismo de los sectores neoliberales.

Stiglitz regresó a la academia, y una vez liberado de compromisos institucionales, elevó el tono de sus críticas. En un artículo en *The New Republic* coincidente con las reuniones de primavera del FMI y el Banco Mundial de 2001, afirmó que los grupos “antiglobalización” que se manifestaban en Washington podían estar equivocados en algunas cosas, pero en otras muchas tenían razón: que el manejo de las crisis en Asia y Rusia había sido desastroso, y que parte del problema es la arrogancia, el secretismo, la falta de responsabilidad y rendición de cuentas en el FMI, e incluso la capacidad profesional de su personal, “que frecuentemente está constituido por estudiantes de tercera clase de universidades de primera clase”.

Instituciones internacionales y bienestar en la globalización

En muchos aspectos, *El malestar en la globalización* sistematiza las ideas que Stiglitz desarrolló en sus años académicos y en el Banco Mundial. El principal mensaje es que la globalización puede ser una fuerza benéfica, pero sólo a condición de que se busquen otras fórmulas para los acuerdos comerciales, las finanzas globales y las políticas que se aplican en los países en desarrollo.

El libro, sin embargo, no es un estudio sistemático de la globalización, y sólo se centra en algunas cuestiones. En primer lugar, en la crítica del neoliberalismo, contra el que despliega el aparato teórico de la “economía de la información”: cuando la información es imperfecta y los mercados incompletos, lo que es muy frecuente en los países en desarrollo, la “mano invisible” funciona de forma muy deficiente, por lo que la política de desarrollo no puede limitarse a liberalizar y privatizar. El Consenso, por otra parte, no se aplica igual para todos. Los países industrializados, a quienes Stiglitz acusa de hipocresía, han exigido la liberalización en los países en desarrollo, pero siguen recurriendo al proteccionismo y a los subsidios.

También se cuestiona el papel del FMI y el Tesoro en la crisis asiática y en Rusia, en especial la insistencia de ambos organismos en la apertura de la cuenta de capital —el factor más importante para explicar la crisis—, las políticas contractivas “hooveristas” aplicadas para afrontarla, y el boicoteo de la “iniciativa Chiang Mai” para crear un fondo monetario asiático, que reduciría la influencia estadounidense en la región. Stiglitz sugiere una estrategia alternativa basada en políticas monetarias y fiscales expansivas, el uso juicioso de controles a los movimientos de capital, y una rápida reestructuración del sector financiero para asegurar el flujo de crédito.

Stiglitz se muestra abrumado por la magnitud de la catástrofe económica y política de Rusia, cuyo Producto Interior Bruto (PIB) se redujo un 60% entre 1990 y 1999, una caída superior a la de la II Guerra Mundial, y sólo comparable a la que supuso la colectivización estalinista. La aparición del “capitalismo de mafias y amiguetes” en Rusia es imputable, en parte, al FMI, que impulsó un proceso de privatización rápido y desordenado, y mantuvo la asistencia financiera pese a la corrupción rampante debido al apoyo de EEUU a Yeltsin, o para asegurarse la aquiescencia de Rusia a la ampliación de la OTAN o la guerra de Kosovo.

La transición china es presentada como modelo de contraste y ejemplo de “gradualismo”. Como otros casos de éxito, en China las reformas son “locales” y no han sido impuestas por el FMI. Este país, que no se endeudó en exceso en los años setenta, pudo sortear la crisis de la deuda en los años ochenta. Al evitar los programas de ajuste, aplicó las reformas a su manera y, en particular, no liberalizó su cuenta de capital. Stiglitz llama la atención sobre el hecho de que China, que no es un “país modélico” del Fondo, pudo sortear la crisis y presenta cifras espectaculares de reducción de la pobreza.

Según Stiglitz, el fracaso del FMI se debe, sobre todo, a que éste no responde al interés general, sino al interés particular del Tesoro y del gran capital. Si se acepta esta premisa, el comportamiento del FMI se torna coherente y comprensible, lo que no ocurre si damos por hecho que éste responde a su mandato declarado. Stiglitz no es el único economista influyente que hace esta afirmación, no muy alejada de las posiciones de los movimientos antiglobalización. Incluso un liberal como Jagdish Bhagwati ha denunciado el “complejo Wall Street-Tesoro”, buscando analogías con el “complejo militar-industrial” denunciado en 1961 por Eisenhower. En un ejemplo polémico de esa convergencia de intereses, Stiglitz señala que Stanley Fischer, “eminencia gris” del FMI durante muchos años y candidato estadounidense a presidir esta institución tras la renuncia de Camdessus, fue

La respuesta no es oponerse a la globalización sino darle una orientación distinta, lo que supone mecanismos efectivos de control

nombrado vicepresidente de Citicorp en febrero de 2002 como retribución a sus servicios en la renegociación de deudas.

Las instituciones como el FMI, nos recuerda Stiglitz, han sido creadas porque existe la necesidad de una acción pública global frente a fallas de mercado. Y aunque su mandato no ha variado, hoy el FMI está dominado por “fundamentalistas del mercado” que creen exactamente lo contrario: que los mercados siempre son correctos y que el problema principal es la “falla del gobierno”. Desde esta perspectiva, las únicas posturas coherentes serían la neoliberal de la “doctrina O’Neill”, anterior secretario del Tesoro del Gobierno de Bush, que propuso limitar el papel del FMI y evitar “salvamentos” para impedir el “riesgo moral” inherente a esas intervenciones; o bien la posición “neokeynesiana” por la que se decanta Stiglitz, que comporta el uso moderado de controles de capital y ampliar el papel del FMI como “prestamista de última instancia”.

Las últimas secciones del libro están dedicadas a plantear distintas alternativas a una globalización que “no funciona para los pobres, para el medio ambiente, para la estabilidad económica global”. La respuesta no es oponerse a la globalización sino darle una orientación distinta, lo que supone mecanismos efectivos de control. Hay que aceptar que el mercado tiene fallos; recuperar un mandato basado en el interés general para las instituciones internacionales, y fortalecer su capacidad de suministro de bienes públicos globales, ideas que Stiglitz vincula más con Adam Smith que con Keynes.

Ahora bien, “el cambio más fundamental para que la globalización funcione es la gobernanza”. Y ello supone asegurar la transparencia, responsabilidad y participación efectiva de los miembros en organizaciones como el FMI, mediante nuevas reglas de asignación del poder de voto u otras “fórmulas imaginativas”, dada la dificultad que supone cambiar esas reglas.

También se necesitarían reformas en la ayuda al desarrollo y el Banco Mundial, que debería ser más selectiva y con menos condicionalidad; extender la condonación de la deuda a los países en desarrollo de renta media; una reforma de las reglas de la Organización Mundial de Comercio (OMC), asegurando a los países pobres el acceso a los mercados; y normas de competencia a escala global. Algunas de las ideas más relevantes se refieren a la “nueva arquitectura financiera internacional”, como la mejora de la regulación bancaria y la gestión del riesgo; y frente a crisis financieras, menos “salvamentos” y la adopción de un “supercapítulo 11” internacional para situaciones de insolvencia como la planteada en Argentina en 2002. Esta misma idea fue propuesta por los nuevos dirigentes del FMI, y en especial por su directora adjunta, Anne O. Krueger, con el críptico nombre de “Mecanismo de Reestructuración de Deuda Soberana”. A pesar de las credenciales neoliberales de Krueger, Stiglitz respaldó la propuesta y denunció los intentos del Tesoro y de los intereses financieros privados para debilitarla.

El malestar con Stiglitz

La publicación de *El malestar en la globalización* en junio de 2002 ha reavivado el “debate Stiglitz”. Las críticas se han dirigido, en ocasiones, al propio Stiglitz

más que a sus argumentos, debido al tono de superioridad moral que a menudo adopta el autor. Pero en la discusión han vuelto a aflorar los desacuerdos sobre las crisis y la estabilidad financiera, el papel del FMI, la gobernación del sistema internacional o el desarrollo y la lucha contra la pobreza. Frente a ese Consenso de Washington que ya no es una referencia válida para sus garantes tradicionales, la popularidad de Stiglitz parece indicar que se abren paso algunas de las ideas de institucionalistas y “nekeynesianos” en las que en parte se basan los críticos de la globalización.

La reacción más virulenta procedió del propio FMI. En un debate público convocado con motivo de la presentación de libro el 28 de junio de 2002, su director de investigación, Kenneth S. Rogoff, criticó con acidez al autor y sus métodos, señalando que el libro estaba “sobrado de insinuaciones y falta de notas a pie de página”, y salió en defensa de Stanley Fischer. Rogoff criticó el “modelo Stiglitz” de gestión de crisis, recordando cuán importante es restaurar la confianza en esas situaciones, y que la política expansiva recomendada por éste tendría el efecto contrario. Rogoff recordó que en muchos países en desarrollo, como el propio Stiglitz reconoce al hablar de la debilidad de las instituciones, las “fallas de gobierno” son más graves que las “fallas de mercado”. Stiglitz, que se sintió “emboscado”, reclamó que el debate se limitara a cuestiones sustantivas.³

Parece claro que *El malestar en la globalización* ha hecho mella en el FMI. En lo que parece una campaña para mejorar la imagen de la institución, tanto Rogoff como otros portavoces del Fondo se han dirigido a los medios de comunicación que han comentado el libro de Stiglitz y se han hecho eco de algunas de sus críticas, como *The Times*, *Le Monde*, *Le Figaro*, *The Guardian*, *The Economist* o *Financial Times*. Algunas de esas reacciones no han sido precisamente indulgentes. *The Economist* acusó a Stiglitz de “mala fe”, fatuidad y chapucería, y sugería que “Mi malestar con el FMI” sería un título más adecuado. Camdessus recordó a Stiglitz las condiciones extremas en las que suele operar el FMI: si un país le pide apoyo, es porque está en una situación grave y necesita una ambulancia, en vez de acercarse a la “Clínica Stiglitz de medicina alternativa”. Estas y otras críticas también resaltan que Stiglitz no es ecuánime, ya que dispensa un trato favorable al Banco Mundial, su anterior patrón, pese a que éste también ha impulsado las políticas que se critican en el libro.

Más equilibradas han sido las respuestas de John Williamson, Barry Eichengreen o Martín Wolf. Este último cree que Stiglitz yerra al menospreciar las fallas de gobierno, que es irresponsable al dar argumentos a los manifestantes antiglobalización y simplista en muchos de sus ejemplos. Pero, aun así, reconoce que Stiglitz tiene razón al señalar que la liberalización apresurada de la cuenta de capital puede ser desastrosa; que el FMI se equivocó en Asia al imponer políticas contractivas; que hay que prestar más atención a las instituciones; y que existe un serio problema de opacidad y de discrecionalidad en esa organización. Williamson y Eichengreen también coinciden con Stiglitz en estos puntos, aunque este último, que confiesa no ser totalmente neutral debido a que fue asesor del FMI para Asia,

³ La grabación en vídeo del debate Stiglitz-Rogoff puede verse en internet en: http://www.worldbank.org/wbi/B-SPAN/sub_stiglitz.htm.

cree que las ideas de Stiglitz no siempre son factibles. El caso argentino, por ejemplo, plantea dudas sobre el uso de los controles temporales de los movimientos de capital. También afirma que dar más poder de voto a los países en desarrollo en el FMI plantearía un problema de riesgo moral, al convertir a los deudores en sus propios banqueros, y que el verdadero problema es la desmedida influencia de sus accionistas y en especial de EEUU, y se debería otorgar a esta institución un estatuto independiente como el otorgado a los bancos centrales.

Confusión en la globalización

Es posible que *El malestar en la globalización* sea un libro falto de rigor y que algunos argumentos sean débiles. Pero Stiglitz plantea una cuestión difícil de obviar: las políticas del Consenso de Washington no están dando fruto; y, si en la elite política y académica hubo alguna vez un “consenso”, lo que ahora existe son dudas, discrepancias y confusión. El “debate Stiglitz” puede ser visto como una mera riña escolar entre algunas destacadas personalidades académicas, y las abundantes acusaciones personales vertidas podrían justificar tal apreciación. Pero este debate es también, y principalmente, una estimulante polémica teórica y práctica sobre la economía política global. En ese marco, el libro de Stiglitz nos recuerda que las teorías y modelos económicos abstractos son importantes, ya que son el fundamento de las políticas, sean acertadas o fallidas, y plantea interesantes cuestiones sobre la responsabilidad política de los académicos, y la necesidad de que las políticas tengan un sustento teórico consistente.

Irónicamente, ha sido en EEUU donde se han desmoronado muchos de los argumentos neoliberales sobre las virtudes de un mercado supuestamente competitivo y transparente. Los escándalos contables de Enron, WorldCom o Arthur Andersen constituyen una versión ampliada del “capitalismo de amiguetes” (*crony capitalism*) que según Washington era la causa de los males del sudeste asiático. Estos escándalos, por otra parte, podrían verse como una vindicación de las ideas de Stiglitz sobre la información asimétrica y la necesidad de regulación pública.

La mejor expresión de las inconsistencias y la confusión del momento es quizás la propia administración Bush. La reducción de impuestos responde a una matriz neoliberal, pero el aumento del gasto militar, a costa de un espectacular déficit público, parece una reedición del “neokeynesiano militar” de otras épocas.

En el exterior, Bush se ha comprometido con la liberalización comercial multilateral y, a través de la nueva Ley de Comercio de 2002, ha obtenido la *Trade Promotion Authority* (TPA) que le faculta a emprender las negociaciones de la OMC y del ALCA. Sin embargo, también impulsó la *Farm Bill*, que supone un fuerte aumento de los subsidios agrarios, junto a otras medidas proteccionistas —aranceles al acero o medidas antidumping—, que en parte han sido un “precio político” de la TPA.

Estas medidas hacen poco factible un gran acuerdo en la Ronda de Doha de la OMC. Anunciada como Ronda del Desarrollo tras la insatisfacción provocada por la Ronda Uruguay, en esa negociación los países en desarrollo ofrecerían liberalizar sus mercados a cambio del desmantelamiento del proteccionismo agrario

de los países industrializados. La *Farm Bill*, junto con la resistencia europea a reformar la Política Agraria Común, parecen anunciar un acuerdo agrícola limitado en la OMC, disminuyendo el atractivo de la Ronda de Doha para los países en desarrollo. Estos se preguntan, con razón, qué beneficio comporta una negociación en la que se demanda que abran aún más sus mercados a las manufacturas y los servicios de los países industrializados, y acepten aplicar reglas estrictas sobre inversiones o propiedad intelectual, sin obtener acceso irrestricto para sus bienes agrícolas. Esos antecedentes justificarían las críticas de Stiglitz a la incoherencia y la hipocresía de los países ricos.

La actuación reciente del FMI también parece sugerir que las críticas de Stiglitz no están descaminadas. La crisis asiática reavivó el debate sobre el papel del FMI en las políticas de desarrollo y la reducción de la pobreza. Tras la elección de Horst Köhler como director gerente, el FMI afirmó que no podía ignorar estas cuestiones, y se comprometió a asumir los “objetivos de desarrollo del milenio” y en especial la reducción de la pobreza en un 50% para el año 2015. Es un compromiso relevante, pues poco antes esta organización sostenía que la lucha contra la pobreza era ajena a su mandato, que se limita a los desequilibrios macroeconómicos. Se puede pensar que este cambio de política se debía a la experiencia de Asia; o bien, de manera más cínica, que el FMI asumía este objetivo para reclamar una posición preeminente en la nueva iniciativa de reducción de la deuda externa (iniciativa HIPC) y, de esta forma, mantener su influencia en los países más pobres, pero no por ello deja de ser un hecho importante. La actuación del Tesoro y el FMI ante las crisis de balanza de pagos y la “arquitectura financiera internacional” no es alentadora. El anterior secretario del Tesoro, Paul O’Neill, señaló que su política en esa materia se basaría en el Informe Meltzer, publicado en 2000 a instancias del Congreso de EEUU, que proponía acabar con las grandes operaciones de salvamento del FMI de la etapa Clinton, imponiendo la “disciplina” del mercado a gobiernos e inversores privados. Sin embargo, se ha actuado con poca coherencia. Argentina ha sido, en la práctica, el único lugar en el que se ha aplicado la doctrina O’Neill. La falta de apoyo del FMI ha sido uno de los factores que explica la suspensión de pagos de diciembre de 2001. El FMI insiste, con razón, en la responsabilidad de los dirigentes argentinos en ese desastre económico. Pero Michael Mussa, director de investigación del Fondo entre 1991 y 2001, alega que esta institución cometió serios errores en su relación con Argentina y, por lo tanto, debe ser considerada responsable parcial de ese desastre.⁴

Desde entonces el FMI ha rescatado las economías de Uruguay, Brasil o Turquía, en este último caso debido al papel estratégico de ese país ante el ataque estadounidense a Irak. En ese sentido, el Tesoro y el FMI están lanzando mensajes poco coherentes y es difícil que ello satisfaga a los mercados, que exigen reglas claras y consistentes. Por añadidura, el debate sobre la “nueva arquitectura financiera internacional” está estancado, y la única propuesta relevante, la iniciativa Krueger para establecer reglas internacionales de insolvencia, no tuvo el res-

⁴ Michael Mussa, *Argentina and the IMF: From Triumph to Tragedy*, Institute for International Economics, Washington, 2002. Edición en castellano: *Argentina y el FMI: del triunfo a la tragedia*, Planeta, Buenos Aires, 2002.

paldo necesario en las reuniones de otoño de 2002 del FMI y el Banco Mundial, y el Tesoro quiere enterrarla definitivamente.

A modo de conclusión, cabe afirmar que Washington parece desorientado y confuso, incluso en su rechazo de las ideas de Stiglitz. La radicalidad de sus críticas le ha granjeado el respaldo de los movimientos antiglobalización, que a menudo le citan entre sus ideólogos. Pero sus propuestas no son radicales, y la mayor parte de sus críticos consideran que son razonables y están en la dirección correcta. Si en algún momento emerge un nuevo "consenso" en el que se reconozcan tanto las ventajas de una mayor integración económica global, como la necesidad de establecer instituciones globales que aseguren un gobierno efectivo y un reparto equitativo de sus frutos; si, en suma, se avanza hacia una globalización con justicia, aportaciones como la de Stiglitz, pese a sus limitaciones, podrán reclamar un papel pionero.